

ROSARIO DE LACY Y PALACIO

Aire y cenizas

edición de
Javier Elorrieta



éride ediciones

Capítulo I

—¿Y tú qué quieres, Pilar, niño o niña?

—Lo mismo me da. Si fuese niña se llamaría Patricia en recuerdo de mi suegra, que murió muy joven.

Y dicho esto, dijo adiós a su hermana y, ágil como un corzo, saltó al coche en el que su marido. Alfonso la esperaba guiando cuatro jacas enjaezadas que alborotaron la vieja plazuela con sus cascabeles.

Llevaban varios meses casados y vivían aturridos entre fiestas, bailes, toros y toda clase de diversiones.

Aquel día de Pascua se inauguraba la temporada en la Plaza de toros de Madrid. Alfonso llevaba orgullosamente a su mujer, luciéndola a su lado. A ninguno le gustaban los toros, pero... había que ir.

Por la noche, también se inauguraba el circo de París; todas las señoras estrenaban sombreros de primavera.

La temporada del Real se había quedado atrás y pronto empezaría la Ópera en los Jardines del Buen Retiro.

Y una noche de mayo, se estrenaba en el *Apolo* «El Monaguillo»:

—¿No quieres venir, Pilar?

—Me encuentro muy cansada; ve tú y luego me la cuentas, pero no te entretengas en el *Veloz*.

Allá, a la madrugada, llegó Alfonso a la calle de Ferraz. El blanco hotelito, con su jardín fragante de rosas, estaba encendido. Se oían conversaciones, carreras, tintineos de cubiertos y tazas en el comedor, abajo, junto al vestíbulo.

¿Qué pasaba?

El doctor, alto, vestido de levita, con chistera y bastón de puño de oro, se despedía a la puerta.

—Ahora, mucho silencio y dejarla dormir...

Alfonso le saludó:

—¡Oh, don José; ¿qué ocurre?

—Nada, hombre. Que arriba le espera a usted una hija.

Y allí, frente a la Sierra, en tibio amanecer de mayo, cuando el sol rompía el horizonte con luces de oro, nació yo. Buenos augurios, felicitaciones, flores, tarjetas, visitas, alegraron mis días siguientes. Mis padres, locos de contento, respondían a todos. Ahora siento mucho no haberlos visto pero los niños recién nacidos no saben nada de la vida.

Mi ama era gallega y se llamaba Amalia. El horizonte se estrechó para mí, limitándose a sus brazos y a su almidonado delantal. Mientras tanto la vida de mis padres seguía en el mismo tren. Empezaban las carreras de caballos. El Hipódromo acogía a los elegantes, mientras los planes del veraneo se esbozaban.

—Creo que iremos a Biarritz unos días y luego, en agosto, a cazar a Escocia.

—Pues nosotros tenemos que pasar unos días con la familia, y después nos daremos una vueltecita por Trouville.

Tenía mi padre una buena fortuna en fincas, situadas en Alicante y Murcia. El administrador escribía que hacía falta esto o lo otro... Que si los señores no iban..., que él lo arreglaría; que el año había sido malo en aceite y que el trigo no iba a ser muy lucido; que las viñas estaban dañadas de filoxera, etcétera. Pero la vida social era un torbellino donde se mareaba «la razón».

—Si no tiene usted dinero que mandar, hipoteque aquel trozo, que ya me dijo usted que era mala tierra.

—Pague a los segadores con dinero de usted, que cuando recojamos la uva, se lo devolveré.

Pero mis padres no podían veranear en esas tierras calientes, sedientas..., tan generosas sin embargo.

La fortuna de mi madre, aun cuantiosa en el contrato matrimonial, era mucho menor en la vida real; casas con alquileres bajos, el caserío-palacio de los abuelos en Vizcaya, donde llovía tanto que... era muy aburrido ir.

Y así, a los tres años de matrimonio empezaron los disgustos: el palco del Real, los vestidos de París, las mesas de juego del *Veloz*... Y se fueron vendiendo fincas y se gastaron las rentas en el primer mes del año, y la ruina carcomía el edificio matrimonial, poco a poco, con terquedad de roedor, abriendo agujeros a todos los vientos.

Todos los días había riñas y mis sentidos, precozmente despiertos, por charlas de institutrices y criados, entendían y, sobre todo, percibían claramente la atmósfera trágica que se iba formando en la casa.

Ya no teníamos el hotelito de Ferraz. Vivíamos en la calle del Noviciado, en una casona que tenía cuadras.

En aquel año, ocurrió un fenómeno celeste que impresionó a todo Madrid. Una mañana, a eso de las ocho, un estrépito enorme, con una luz resplandeciente, surgió, llenando de pánico todos los hogares. Recuerdo a mi madre envolviéndome en una capa de pieles y huyendo conmigo por las calles. Al fin volvió la calma y se descubrió la razón del susto: era un aerolito, un bólido, un trozo de estrella que había caído en Madrid. Recuerdo lo que se habló de ello sin que yo hubiera entendido ni una palabra.

Por fin, la ruina llegó. Nos mudamos a un pisito modesto, cerca del palacio de mis abuelos maternos. A pocos metros, la plaza de Oriente se ensanchaba luminosa y alegre, para que los niños jugasen.

Los cochecitos de «a perra chica la vuelta» giraban sin cesar, entre el sonido de unas campanillitas, que tirando de cintas multicolores, agitábamos los pequeñuelos. Decididamente, yo no había nacido para conducir nada, porque jamás subí al pescante.

Todas las mañanas, cerca del mediodía, corríamos con nuestras niñeras a la plaza de la Armería, a presenciar la «parada».

A veces, la Reina Cristina, majestuosa y distinguida, aparecía en el balcón. Los hombres se descubrían y

todos aplaudíamos. El Rey niño nos emocionaba sin saber por qué.

—Ahí tienes a tu primo, chica... —decía una chacha a otra, con un tono de plebeya insolencia.

—Anda, tú, como si *fuá* mi primo, iba yo a estar sirviendo... En carroza de oro saldría a paseo. ¡Nos ha *fastidiao!*

Y también, sin saber por qué, me entraban ganas de pegarles.

Y es que la Patrita (como me llamaban la portera, el panadero y una vieja doncella de mi abuela que me adoraba) tenía un genio de dos mil demonios.

Yo sabía que era lista y todos me llamaban preciosa. El resultado fue lamentable: por cualquier capricho, armaba un jaleo de gritos, pateos y llantos, que terminaban en un encierro.

Al día siguiente tenía jaqueca. Mi vida, pendiente de saber, de averiguar misterios, de inquirir el porqué de las cosas, apartada de todo, sin tratar a otras niñas de mi edad, era de una agitación espiritual permanente.

Y es que el hogar de mis padres iba de mal en peor; los gritos, los ataques de nervios, los portazos y la ausencia de ambos a la hora de las comidas eran diarios. Y mi pobre corazoncillo amante aleteaba en el pecho buscando el medio de calmarles.

Porque los adoraba. Alguna noche en que conseguía acostarme más tarde, presenciaba la toilette de mamá, que se iba al Real. Y estaba tan guapa, tan perfumada, tan peinada, con su traje escotado...

Mi padre entraba a buscarla, impecable en su frac, y enseguida empezaba el nublado que, a veces, acababa en tormenta. Yo trataba de hacerles sonreír haciendo gansadas, y ellos, al darse cuenta, aparentaban una falsa concordia, que no me convencía.

Cuando ya se iban, los criados comentaban a carcajadas las luchas matrimoniales, su falta de dinero, la firma de

documentos a la que mi madre se resistía, cediendo luego a la violencia de su marido, que alegaba deudas de honor, y mil cosas más, que yo intuía, sin darlas aún su verdadero significado.

¡Y aún decían mis primas que yo era una niña triste y llorona!...

Como mi intemperancia con el servicio llegaba a la desobediencia perpetua, que apuntaba en amenaza y terminaba en un cachete de la cocinera, decidieron las personas serias que se debería tomar una institutriz, para educarme.

Así surgió un monstruo: *Mademoiselle* Ernestine. Fea, cuarentona, sin hablar nada de español, me pegaba, me tiraba de los pelos, me bañaba a empujones, soltaba la ducha fría cuando no la esperaba, y decían que me enseñaba francés.

Con esto, yo veía menos a mis padres, pues comía con *Mademoiselle* y paseaba y me acostaba siempre a horas diferentes que ellos.

Los domingos ocurría algo misterioso: a eso de las tres de la tarde, salía con ella y entrábamos en un piso bajo de la plaza de Oriente, con rejas a la calle. Una vez allí, me daba unos cuadros de «peluche» rojo, en los que había, pegados o cosidos, dos muñequitos de biscuit. Cerraba la puerta y, con la orden terminante de «*Alors, tu vas jouer bien en silence*», me dejaba hasta que el cuarto se iba quedando oscuro y las sombras danzaban fantásticos bailes, que me daban un miedo atroz.

A la salida, me amenazaba casi con matarme si contaba lo que pasaba a alguien de la casa y, naturalmente, me callé siempre. Ésta es la hora en que no he podido explicarme qué era lo que ocurría en aquel antro de misterio.

La vida en el Madrid de aquellos años, del 95 al 98, seguía ese ritmo de frivolidad deliciosa, sin que apenas nadie se diera cuenta de que las tragedias de Cuba y Filipinas estaban ya muy próximas. La Reina Cristina, vivo ejemplo de moral cristiana, y cuidando con todo su amor de madre a

don Alfonso XIII y a las princesas, era el modelo más perfecto de monarca constitucional. Los partidos de Cánovas y Sagasta se turnaban en el poder.

En todas las casas, se hablaba de política, como siempre, y cada cual arreglaba el mundo a su manera.

En el saloncito de mi madre se recibía mucho y se hablaba de todo. Algo pescaba yo, cuando *Mademoiselle* me llevaba a saludar a las visitas, y un día vi cómo mi padre hacía volverse sonámbula a una criada paletita, chatilla y graciosa, llamada Paca, que acababa de entrar a nuestro servicio. Me enteré pronto que aquello era hipnotismo y se convirtió en una especie de deporte de salón.

La Paca se dio cuenta de que era bonita, de que el señor era vulnerable en amores y de que en aquella casa todo andaba de cabeza. Y entonces llegó la gran explosión: mi padre se enamoró perdida y descaradamente de la criadita que se convirtió en espía de la señora. Los chismes y comentarios desacreditaron el pequeño vínculo social que aún sostenía una apariencia de hogar y, de hecho, cada uno se lanzó por su camino dejando flotar, en el naufragio, los restos de una casa que pudo ser grande, sólida y permanente.

La atmósfera familiar ya no era respirable. La Paca increpaba a mi madre. *Mademoiselle* Ernestine sostenía, con razón, que yo era insoportable. Las cuentas, sin pagar, llovían sin cesar sobre nuestra puerta.

Y un domingo por la mañana, mi odiada francesa me hizo daño al abrocharme el botón de un zapato. Colérica, cogí el abrochador de plata, que era largo y bastante pesado y ¡zas!, se lo lancé a la cara. La reacción de golpes de ella y de gritos míos fue épica. Entró mi padre furioso en el cuarto, y por primera vez se puso de acuerdo con mi madre totalmente.

—Ahora mismo —dijeron al tiempo— vas a entrar en un colegio interna. Y sin más dilaciones me llevaron, cual sentenciado a muerte, a la puerta de un convento de donde no volví a salir en muchos años. Empezaba el año 1897.